

Los nuevos sujetos de la protesta social y sus reivindicaciones. Las demandas de participación popular frente al desafío de una profundización de la democracia en América Latina	Titulo
Espeche, Carlos Ernesto - Autor/a	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
democracia; participacion ciudadana; actores sociales; America Latina ;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/becas/20110128034639/espeche.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Espeche, Carlos Ernesto. **Los nuevos sujetos de la protesta social y sus reivindicaciones. Las demandas de participación popular frente al desafío de una profundización de la democracia en América Latina.** Informe final del concurso: *Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO. 2003

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/espeche.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE,
DE LA
RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

LOS NUEVOS SUJETOS DE LA PROTESTA SOCIAL Y SUS REIVINDICACIONES. LAS DEMANDAS DE PARTICIPACION POPULAR FRENTE AL DESAFÍO DE UNA PROFUNDIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Carlos Ernesto Espeche¹

La mundialización neoliberal: orígenes y características

Dos supuestos ideológicos signan el inicio de la década de los 90. Por un lado, el llamado fin de la historia, que pretendía desestimar la capacidad transformadora de la acción humana y particularmente de la acción colectiva. Por otro, el anuncio de la globalización como nuevo horizonte de progreso, que prometía una era de bienestar asegurada por la difusión de los frutos de la revolución tecnológica.

Hacia el fin de la década quedaba al descubierto el carácter fraudulento de estos principios. Pero cierto es que en sus inicios éstos marcaban la apertura de una nueva fase de la mundialización capitalista, tras el fracaso y derrumbe de la experiencia de los denominados socialismos reales. Esta mundialización no sólo significaba la expansión de las relaciones capitalistas hacia territorios no colonizados por la mercancía, sino que también expresaba la internacionalización del modelo neoliberal como característica distintiva de dicha mundialización.

De acuerdo a la periodización que Perry Anderson hace de esta universalización del neoliberalismo, el génesis lo encontramos en la búsqueda de una salida capitalista a la crisis de los años 70. En los países capitalistas dominantes el proceso se inició en los finales de los setenta (79 con Thatcher en Inglaterra y 80 con Reagan en EE.UU.). Luego, una primera expansión a la Europa continental, a América Latina y a Oceanía a lo largo de la década de los 80. Los inicios de los 90, finalmente, señalan tanto su consolidación como su expansión hacia el oriente y su profundizada América Latina (Anderson, Perry 1999).

El proceso de consolidación del modelo neoliberal como fase capitalista contemporánea supuso, como lo refleja Anderson, un complejo proceso de confrontaciones sociales y de crisis. Confrontación con las fuerzas, instituciones y cultura de las décadas pasadas, confrontación con los movimientos sociales que pretendían una perspectiva emancipatoria

¹ Lic. en Comunicación Social, Profesor Titular del “Seminario de Periodismo...” de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.Cuyo

diferente y, por último, confrontación también con las fuerzas que postulaban otras salidas capitalistas a la crisis.

Respecto de las características que distinguen la fase neoliberal, Samir Amin ha resaltado el carácter polarizante de la mundialización capitalista en general y de la actual en particular. Efecto de polarización que se inscribe entre países y regiones del mundo y al interior de los propios espacios nacionales, tanto en los países centrales como en la periferia.

Siguiendo a Samir Amin, el carácter de este nuevo imperialismo contemporáneo se expresa en el refuerzo de lo que el autor llama los “cinco monopolios” a nivel internacional:

- 1) el monopolio de las nuevas tecnologías;
- 2) el control de los flujos financieros a escala mundial;
- 3) el control del acceso a los recursos naturales del planeta;
- 4) el control de los medios de comunicación y
- 5) el monopolio de las armas de destrucción masiva.

La constitución de estos monopolios resulta de la acción conjunta, complementaria pero también a veces conflictiva, del gran capital de las multinacionales industriales y financieras y de los Estados que se encuentran a su servicio (Amin, Samir 2001).

La consolidación de estos monopolios significó la implementación de políticas que presentan las mismas características en todos lados: liberalización financiera y comercial; desmantelamiento del estado-social, de los derechos laborales y sociales y de las organizaciones y movimientos populares; privatización de los activos públicos; reformas tributarias regresivas; etc.

José Luis Fiori resume las grandes transformaciones producidas por el neoliberalismo en siete puntos:

- 1) en el campo geopolítico mundial, la afirmación, a través del monopolio político-militar, de un nuevo imperio anglosajón;
- 2) en el campo político-ideológico, a partir de la difusión del pensamiento neoliberal como pensamiento único;
- 3) en el campo económico, con la consolidación de un “régimen de acumulación financiarizado” que va de la mano de la consolidación de lo que ha dado en llamarse la fábrica global;
- 4) en el campo de la tecnología, a partir de la utilización y profundización de la revolución tecnológica que ha servido ha facilitar la expansión financiera, la deslocalización e integración internacional de las cadenas productivas al interior de las propias empresas y provocar alteraciones productivas a nivel gerencial y del trabajo intelectual y manual;
- 5) en el campo del trabajo y el empleo, bajo el imperio del desempleo estructural global y el trabajo precarizado, a lo que debieran sumárseles los impactos en el mundo rural de la mano de los procesos de industrialización de la producción agrícola-ganadera;
- 6) en el espacio de la periferia, imponiendo una inserción subordinada a partir de las finanzas privadas internacionales, homogeneizando las políticas económicas hacia una reprimarización y recolonización del Tercer Mundo;
- 7) en el campo de los modelos de dominación, reconfigurando la lógica de los Estado-nación que, lejos de la falacia liberal de su fin o debilitamiento, ha consagrado cada vez más un Estado de privilegio para las élites económicas al tiempo que un Estado penal para los pauperizados (Fiori, José Luís 2001)

Para acercarnos a nuestro objeto de análisis, nos introducimos en el apartado siguiente en las fases de instauración en nuestra región de esta nueva fase del capitalismo, para luego entender en ese marco el nuevo ciclo de protestas y particularmente las reivindicaciones de participación popular.

La implantación del neoliberalismo en América Latina

Desde los 70 a los 90, se aplicaron las políticas neoliberales en la región latinoamericana.. América Latina se convirtió en el primer laboratorio de experimentación del neoliberalismo. Efectivamente, desde los inicios de los 70 los sucesivos golpes de estado y la instauración de sangrientas dictaduras militares en el Cono Sur abrieron paso a la aplicación del nuevo recetario económico marcado por el más duro pensamiento conservador norteamericano. Particularmente en Chile a partir de la dictadura de Pinochet (1973), y poco más tarde en la Argentina dictatorial (1976), comenzó una transformación estructural del régimen económico-social anterior.

Tomando a Petras y su descripción de los ciclos políticos neoliberales, en la primera ola neoliberal de la región, terrorismo de estado y neoliberalismo iban de la mano para confrontar tanto con la creciente radicalidad social de movimientos populares que trascendían las fronteras del orden capitalista postulando horizontes de transformación social, como con las propias bases del modelo de desarrollo anterior.

En materia de política económica, los 70 supusieron para una buena parte de los países de la región, la adopción de regímenes más flexibles en el terreno de los flujos financieros que implicó, entre otras consecuencias, el veloz crecimiento de la deuda externa..

La década de los 80, en tanto, aparece signada por el retorno de la democracia representativa bajo sufragio universal y, en algunos casos, por el reestablecimiento de gobiernos civiles bajo condicionamiento militar. Estas transiciones resultaron de un renovado proceso de luchas y movilización popular. Vale recordar, en este sentido, la campaña de las “directas ya” en Brasil, las movilizaciones sindicales y del movimiento de derechos humanos en Argentina, las protestas mineras en Bolivia o los cacerolazos y movilizaciones sindicales en Uruguay. Un nuevo ciclo de protestas sociales parecía afirmarse en la mayoría de los países de la América del Sur, sin duda, una expresión de la revitalización de los movimientos sociales tras los años sombríos de las dictaduras.

Esta segunda ola neoliberal en Latinoamérica no sólo se distinguía de la primera por su mayor expansión geográfica sino también porque la forma de dictadura militar había dejado paso a la llamada “dictadura de los mercados” o a los “golpes de mercado”. La manipulación de las crisis inflacionarias y su funcionalidad a los intereses de las élites económicas neoliberales, demostró su capacidad de obtener el disciplinamiento de las elites políticas y de reconstruir coaliciones sociales que, aún inestables, parecían ofrecer viabilidad social a estos proyectos. (Petras, James y Morley, Morris 2000).

Eduardo Basualdo aborda este disciplinamiento y diferencia sus características de acuerdo con las distintas etapas. Si en la primera el disciplinamiento se dio a partir del aniquilamiento de los cuadros políticos por parte de las dictaduras, en la segunda toma la forma de terror

económico producto de los coletazos inflacionarios. La tercera ola, en tanto, el poder económico y político disciplinó con el desempleo. (Basualdo, Eduardo. 2002).

Así fue como los 90 abrieron paso a una renovada mundialización capitalista en su forma neoliberal. Su impacto en América Latina es por demás notorio y profundo. A diferencia de las dos décadas anteriores, de la mano del Consenso de Washington, la adopción de políticas neoliberales pareció asumir una nueva radicalidad..

En síntesis, las consecuencias en América Latina han sido fundamentalmente el crecimiento de la pobreza y la indigencia, como resultado del desempleo de masas y la precarización laboral. En este sentido, el balance de la década de los 80 en términos de la distribución de la renta y la situación laboral, así como la prolongación y profundización de estas tendencias a lo largo de los 90, señalan el carácter regresivo en términos sociales de éstas políticas. Aún sus períodos de crecimiento macroeconómico, como los que experimentaron muchos países latinoamericanos en la primera mitad de los 90, resultan incapaces para asegurar una efectiva disminución de las desigualdades sociales. Este punto, entre otros, es central para comprender la fragilidad de nuestras democracias, aspecto que desarrollamos a continuación.

Democracia y participación frente al neoliberalismo

La incompleta y relativamente precaria democratización de los regímenes políticos latinoamericanos vino acompañada por una reapertura del debate acerca del significado actual de la democracia.

Según Atilio Borón, y su trabajo respecto de las consecuencias del neoliberalismo sobre la sociedad civil, tanto teóricamente como políticamente, en nuestra región ha prevalecido desde los años 80 una visión que reduce la democracia a una cuestión de método, dissociado por completo de los fines, valores e intereses que animan la lucha de los actores colectivos. En ésta, la democracia es tanto un método de gobierno como una condición de la sociedad civil, caracterizada por el predominio de la igualdad y por la existencia de una categoría social especial: los ciudadanos, cuya definición excede los marcos meramente formales y remite a características sociológicas y económicas bien especiales. Se trata entonces del triunfo de una tendencia a considerar a la democracia como una categoría exclusivamente "política". Esta definiría un tipo específico de relaciones entre el Estado y la sociedad civil -caracterizado por la existencia de la libertad, el pluripartidismo, las elecciones periódicas y el imperio de la ley- cuya efectividad democrática se supone que está apriorísticamente garantizada cualesquiera sean sus condiciones concretas de existencia..

Así, el discurso tradicional de la democracia permanece encerrado en la arquitectura formal del Estado y el sistema representativo, excluyendo de su horizonte de visibilidad todo aquello que las limitaciones de la ideología burguesa condena al limbo de la esfera "extra-política". Se admite sin discusión, por ejemplo, que las democracias latinoamericanas tienen ciudadanos, y se parte del supuesto, casi nunca explicitado, de que la democracia funciona en Latinoamérica del mismo modo que lo hace en los países escandinavos.

Sin embargo, problemas objetivos y concretos como pobreza extrema, enfermedad, analfabetismo, desempleo, decadencia regional y urbana, narcotráfico, trascienden aquellos referidos a la exclusiva mecánica del régimen político. A partir de estas limitaciones, el desafío que enfrentan las sociedades latinoamericanas va mucho más allá de asegurar la restauración de formas políticas congruentes con los principios fundamentales del régimen democrático. Aparte de eso, los nuevos gobiernos deben también demostrar que la democracia es una herramienta eficaz para asegurar la transformación social y la construcción de una sociedad más justa. (Boron, Atilio 1999)

Por su parte, Wim Dierckxsens advierte sobre los límites de una ciudadanía en un capitalismo sin fronteras: “la ciudadanía, en términos objetivos depende en una economía de mercado de la inclusión o no de los seres vivos en las relaciones de mercado. De ello depende a su vez la identificación de los ciudadanos con la sociedad en la que viven. Esta ciudadanía y esta identificación de desarrollan y modifican conforme la misma sociedad sufre cambios. La integración del mercado a nivel planetario y la absolutización del mercado como alternativa al Estado Intervencionista Social y como solución total de la historia, implican una ciudadanía sin intervención de Estado, osea, una ciudadanía que depende exclusivamente de las reglas del mercado. Esla era de la sociedad civil que se regula vía relaciones de mercado”(Dierckxsens, Wim 1998, pág. 140)

José Nun sostiene acerca de democracia y ciudadanía: “inexorablemente y contra lo que postula la separación neoliberal entre la economía y la política, el presente y el futuro del trabajo y de los trabajadores constituye una parte esencial de cualquier debate serio sobre la democracia en América Latina, pues de ellos depende que esta pueda sostenerse, como corresponde, en una mayoría de ciudadanos plenos” (Nun, José. 2000, pág. 169)

Más profundamente, y pertinente para un abordaje más específico, el mismo autor desarrolla el insalvable antagonismo entre capitalismo y la democracia por los condicionantes estructurales que el primero ejerce sobre el segundo. (Borón, Atilio 2000).

Sin dudas esta modelo de democracia acotada no provee de los suficientes canales de participación popular que se necesitan para que la sociedad pueda tener mayor incidencia en la definición de determinadas políticas. Al respecto, Nun sostiene que la reconstrucción del estado y la ciudadanía requiere que se estimulen y multipliquen formas diversas de democracia directa, como las consultas populares, el presupuesto participativo o la revocatoria de mandatos. Éstos son modos de democratización que relacionan al ciudadano con el gobierno. Además deben foemntarse otros de índole horizontal y descentralizadosentre los ciudadanos mismos, a nivel de las organizaciones de la sociedad civil y de los movimientos sociales que en ella germinan. (Nun, José. 2000, pág.172)

La búsqueda de una democracia más participativa, requiere traspasar los límites de una democracia real, hoy como dijimos limitada a las garantías del estado de derecho, y avanzar hacia una nueva institucionalidad capaz de englobar los fundamentos de una democracia política, una democracia social y una democracia económica.

Crisis de representación

Como consecuencia de la aplicación de las políticas neoliberales, asegura Borón, se ha debilitado hasta grados extremos la integración social y disuelto los lazos colectivos y la trama de solidaridades preexistente. También las tradicionales estructuras de representación

colectiva de los intereses populares se encuentran en crisis. Partidos y sindicatos pierden su eficacia reivindicativa y su credibilidad social absorbidos por las tendencias del capitalismo neoliberal. El vaciamiento de la política, crecientemente convertida en un suceso massmediático y en la cual la televisión reemplaza al ágora, convierte a los partidos en simples sellos de goma privados de toda capacidad de convocatoria y movilización; y la flexibilización laboral y la progresiva informalización de los mercados de trabajo destruye de raíz los fundamentos mismos de la acción sindical. (Boron, Atilio 1999)

Ante esto, el “sálvese quien pueda” aparece como el fruto de una estrategia que el neoliberalismo impuso a las clases populares, que entonces abdicando de toda pretensión solidaria, de todo esfuerzo colectivo de organización y representación. Es la pulverización del mercado trasladada a la arena política y a las negociaciones obrero-patronales, en donde el poderío de los monopolios es inconmensurablemente mayor que el de la miríada de débiles actores que, desorganizadamente y de manera egoísta, tratan de encontrar una “solución individual” a los rigores de la explotación.

Desde la perspectiva de Basualdo, en esta crisis fue determinante la cooptación por parte del poder económico de dirigentes políticos y sociales. En términos gramscianos el autor habla de “transformismo” de la dirigencia. Esto, sumado al aniquilamiento de referentes sociales durante las dictaduras, produjo un descabezamiento de las clases populares, cuyos representantes sindicales (al menos un gran sector) colaboraban con las reformas de ajuste y las privatizaciones. En tanto, los partidos políticos que representaban a las mayorías homogeneizaron su discurso y sus prácticas, despegándose en algunos casos de su tradición ideológica (Basualdo, Eduardo. 2002).

En el caso de Argentina, la crisis de representación política llegó a su punto más alto en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. A partir de la renuncia del entonces presidente Fernando de la Rúa se esparció por el país una fuerte demanda popular: “que se vayan todos”, y se multiplicaron las experiencias organizativas que proponían herramientas de democracia directa. Pero sobre esto nos ocuparemos más adelante.

Como producto de esta crisis, como emergentes de las reformas neoliberales y sus enormes consecuencias ya analizadas, en la segunda mitad de la década de los 90 en Latinoamérica un heterogeneo conjunto de movimientos sociales protagonizan un sostenido incremento de la protesta social. Resulta ciertamente difícil analizar este ciclo de protestas sin entender que el mismo se inscribe en el campo de fuerzas constituido a partir de las transformaciones resultantes del proceso de implantación del neoliberalismo en nuestros países. A partir del punto siguiente desarrollaremos algunas características de sus reivindicaciones.

El nuevo ciclo de protestas y sus emergentes sociales

A lo largo de la segunda mitad de la década de los 90 se despliega en América Latina un nuevo ciclo de protestas sociales particularmente orientadas al cuestionamiento del modelo neoliberal. Vale señalar como despertar de este ciclo al levantamiento zapatista de principios de 1994.

Este ciclo de protestas aparece claramente reflejado en el incremento de la conflictividad social. Ciertamente, esta profundización de la conflictividad social expresa la doble crisis que

cuestionaba al régimen neoliberal: la crisis económica de carácter recesivo que parece extenderse a nivel regional e internacional y la crisis de la legitimidad que el mismo pareció conquistar aún de manera inestable en la primera mitad de la década.

Es importante volver a señalar la relevancia del alzamiento zapatista en enero de 1994 como referencia temporal de inicio del nuevo ciclo de protestas. A la luz de los movimientos de protesta que se desplegaron con posterioridad en la región, vale destacar, entre otros, tres elementos premonitorios presentes en la experiencia zapatista: el componente indígena del movimiento que reactualizó el debate en torno a los derechos de los pueblos originarios de América Latina; su interpelación planetaria y universal al modelo civilizatorio neoliberal y el llamado de atención acerca de las consecuencias económico-sociales provocadas por los acuerdos de libre comercio, a través del cuestionamiento a la implementación del NAFTA que entró en vigencia el mismo día del levantamiento ocurrido en la selva Lacandona

Si hasta fines de la década de los ochenta el conflicto asalariado keynesiano-fordista (y particularmente el conflicto industrial) constituyó uno de los ejes destacados de la conflictividad social en la región, las transformaciones estructurales en la economía y el impacto sobre los mercados de trabajo inducidos por el modelo de financiarización económica parecen haber disminuido (aunque no eliminado) el peso relativo de los sindicatos de asalariados como sujetos privilegiados del conflicto. El modelo de reprimarización económica y la centralidad que en este contexto le cabe a los procesos de reestructuración agraria en la región reasigna un peso cualitativo destacado a los movimientos indígenas y campesinos.

Por su parte, la dinámica del conflicto asalariado se expresa con mayor profundidad fundamentalmente en el sector público, donde aparece ligada a los efectos de las políticas de reforma y privatización de la esfera pública que se inscriben en la profundización de las políticas neoliberales ortodoxas, en particular la puesta en práctica de paquetes de ajuste fiscal exigidos y negociados por los gobiernos con los organismos internacionales

Así, la región latinoamericana aparece atravesada por diferentes confrontaciones sociales de significación nacional. A manera de ejemplo podemos mencionar a la “Guerra del agua” cochabambina y las luchas del movimiento cocalero en el Chapare boliviano, a los levantamientos indígenas impulsados por la CONAIE en Ecuador en 1996 y en 2000 que culminan en ambos casos con la caída de los gobiernos, a la emergencia y extensión del movimiento de trabajadores desocupados en Argentina, a las iniciativas de ocupaciones de tierras masivas de carácter nacional organizadas por el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil, a las movilizaciones campesinas en Paraguay que habrán de jugar un rol importante en la caída del presidente Cubas Grau, a las intensas protestas sociales en Perú (particularmente la experiencia de la Frentes Cívicos regionales) que signarán el fin del régimen de Fujimori y, claro, a la larga marcha del movimiento zapatista (Seoane, José y Taddei, Emilio 2000)

Este incremento de la protesta social en Latinoamérica se desarrolla de manera casi simultánea al crecimiento de la luchas en otras regiones del planeta (particularmente en Europa y, en menor medida, en América del Norte y Asia), procesos que están a la base de la constitución de lo que los medios de comunicación masiva bautizaron como movimiento “antiglobalización” o “globalifóbicos” o, para decirlo en términos de sus impulsores, del movimiento antimundialización neoliberal.

La articulación de estos movimientos sociales es un fenómeno que aparece sobre finales de los 90 y se consolida a partir de la realización desde enero de 2001 en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. El estudio de esta intersección es complejo porque es grande la diversidad de estos movimientos y porque es dudoso si esa diversidad se puede reconducir a un concepto o a una teoría sociológica únicos. Lo cierto es que esa diversidad también es un elemento aglutinante en la medida en que la diversificación de las consecuencias de las políticas neoliberales abarcó a diferentes colectivos. Por lo tanto, indígenas, ambientalistas, desocupados, feministas, homosexuales o campesinos, confrontan contra un mismo modelo mundializado.

Pero hay más en común, la consolidación, emergencia y extensión durante la segunda mitad de la década de los noventa de movimientos sociales coexiste con características organizativas, formas de lucha, inscripciones identitarias, conceptualizaciones de la acción colectiva, entendimientos en relación al poder, la política y el Estado que sin dudas presentan particularidades que los distinguen de los movimientos precedentes.

Conflictividad y clases

Para Mouriaux y Bérout, definir el concepto de movimiento social con la ambición de entenderlo en su forma contemporánea consiste en proponer un abordaje de la problemática de las luchas sociales. En este sentido, la definición será distintiva en un doble sentido: en su esfuerzo de confrontación con las teorías existentes, y en la propia construcción del objeto que propone. (Mouriaux, René y Bérout, Sophie 2000)

Avanzar en la construcción del objeto significa proponer un abordaje de la problemática de las luchas sociales en curso, dando cuenta del carácter concreto, complejo y multidimensional del proceso mismo e intentando identificar las características convergentes como así también las particularidades divergentes que resultan del vasto campo geográfico de análisis.

Al analizar las formas concretas que asume el antagonismo de clase nos encontramos con movimientos sociales, con agrupamientos colectivos, con un complejo reticular de organizaciones sociales, prácticas de lucha, referencias identitarias. Este sujeto complejo no puede ser entendido como mera expresión de determinaciones de clase; pero dar cuenta de su especificidad histórico-concreta nos exige entender su constitución inscrita en un marco de relaciones objetivas de explotación. Es entonces en el conflicto donde se constituyen permanentemente estos sujetos colectivos..

Los sujetos, según el historiador marxista inglés E.P. Thompson, tienen experiencia de su condición de explotación y opresión histórico-concreta, la misma se expresa tanto en el sufrimiento como en la lucha. Lo que nos propone Thompson entonces, podríamos decir, es pensar los condicionamientos estructurales desde el sujeto, o para decirlo con el sentido correcto, en el análisis de las formaciones de las clases aparecen, y debemos dar cuenta de, las relaciones estructurales de explotación. (Meiksins Wood, Ellen 2000)

Es por ello que las transformaciones estructurales neoliberales deben ser pensadas como campos de relaciones de fuerza de los cuales dan cuenta y se inscriben los procesos de lucha y la emergencia de los colectivos sociales. En ruptura con algunas visiones

economicistas entendemos por estas transformaciones, no sólo a aquellas que distinguen al ámbito de las relaciones económicas o productivas sino al conjunto de las relaciones sociales. En otras palabras, sin caer en determinismos, la forma que asume la emergencia del nuevo ciclo de protestas y movimientos resulta ininteligible sin hacer referencia a dichas transformaciones.

Si tomamos lo anterior como punto de partida, como elemento central, podríamos comprender que las distintas formas de opresión que se presentan en el nuevo ciclo de protestas (de género, ambientales, étnicas, etc) se ven atravesadas por las condiciones socioeconómicas y culturales impuestas por el modelo neoliberal.

Desde esta perspectiva, el concepto de movimiento social no sólo debe inscribirse en el contexto sociohistórico específico bajo análisis sino que también nos remite, lejos de toda visión homogeneizante, a una identidad inestable, compleja, provisoria y contradictoria que no sólo delimita un afuera/adentro sino que también nos remiten a un proceso de tensiones y luchas en su interior.

Este punto nos lleva en el próximo apartado al abordaje crítico de la llamada escuela de los nuevos movimientos sociales (NMS).

Lo nuevo y lo viejo: crítica a la escuela europea

A finales de la década de los setenta y durante los años ochenta la discusión en torno a los movimientos sociales se vio nutrido por numerosas contribuciones que, desde el campo de la sociología, señalaron el surgimiento de “nuevos movimientos sociales” (NMS). Dichas reflexiones y debates intentaron dar cuenta de la aparición de “nuevos” sujetos de la protesta en momentos en que el sistema mundial entraba en una profunda fase de transformaciones económicas y sociales que significaron la derrota, el reflujo y el debilitamiento de numerosos procesos de resistencia social.

En muchos casos las formulaciones teóricas de autores europeos como Touraine, tuvieron una importante repercusión académica en América Latina. Los aportes teóricos sobre los NMS dieron lugar en Latinoamérica a numerosas investigaciones y estudios de caso que asumieron esta perspectiva teórica. Es por ello que resulta interesante volver críticamente sobre sus premisas y postulados en momentos en que los movimientos sociales latinoamericanos presentan un renovado dinamismo.

Como señala Gohn, el punto de partida de la reflexión de muchos de estos autores fue la formulación de una crítica a los esquemas interpretativos del paradigma marxista tradicional y a las teorías de la lógica racional y estratégica de los actores. Postulando en muchos casos la superación del antagonismo capital/trabajo (y de las formas de explotación inherentes a esta relación social) y el pasaje a la sociedad post-industrial, se avanzó hacia la construcción de un modelo interpretativo de la acción colectiva basado en la cultura y en el cual el análisis de los actores reposa sobre las acciones y la identidad colectivas de los mismos. Frente a lo que Touraine consideraba un debilitamiento de la sociología clásica, postuló la necesidad de una sociología de la acción basada en nociones de modelos culturales y movimientos sociales que conciban a las clases como actores ubicados en conflictos y no en contradicciones. Es por ello que propone entender el concepto “movimiento social” como el conjunto de acciones conflictivas tendientes a transformar las relaciones de dominación

ejercidas sobre los recursos culturales. Esta escisión entre conflicto y contradicción parece constituir un obstáculo teórico para entender al primero como una manifestación (cuyas expresiones varían históricamente) de las contradicciones de las sociedades capitalistas (Gohn, Maria da Glória 2000 pp. 121-132.)

El esfuerzo de inteligibilidad y explicación realizado por los teóricos de los NMS acerca de las transformaciones en las formas de la acción colectiva (sujetos, prácticas reivindicativas) opera realizando un desplazamiento de la matriz teórica del debate sobre los contenidos y significados de la acción colectiva en el capitalismo contemporáneo a la luz de los cambios de las formas de dominación y del Estado. El debate se centra esencialmente en el carácter fenomenológico de la acción colectiva, relegando o evacuando la discusión en torno a la pertinencia y vigencia de los mecanismos de explotación y dominación.

Este mecanismo interpretativo pareciera ser poco apropiado para comprender las protestas de los asalariados del sector público en el contexto latinoamericano y su convergencia con otros sectores sociales en defensa de derechos sociales universales. Estos procesos de convergencia en la acción colectiva entre movimientos de asalariados y otros movimientos sociales son ejemplos del enriquecimiento y la complejización de la protesta contemporánea. No existen, por tanto, “nuevos” movimientos sociales contrapuestos a un “viejo” movimiento sindical, sino más bien a experiencias donde lo “nuevo” y lo “viejo” coexisten en el seno de cada movimiento y se resignifica en la ejercicio concreto de la lucha social. Las nuevas prácticas atraviesan también a los movimientos sindicales y muestran que sus realidades, en numerosos casos, distan mucho de una institucionalización de los mismos, de una pasiva aceptación del orden neoliberal por parte de estos, o lisa y llanamente de su desaparición. La presencia en el escenario de la protesta sindical de movimientos de desocupados (que como veremos más adelante se reconocen como trabajadores desocupados) parece ser un ejemplo de la resignificación del conflicto asalariado tradicional a la luz de las transformaciones en el mercado de trabajo.

Una observación similar podría hacerse en el caso de los movimientos campesinos cuyas prácticas y luchas contra los modelos de explotación en el campo aparecen resignificadas y potenciadas a la luz de nuevos desafíos planteados por los procesos de reestructuración agraria en la región y por las nuevas formas de dominación que los mismos suponen. El ejemplo de la lucha contra los transgénicos que parece cobrar importancia en los cuadernos de reivindicaciones de muchos movimientos campesinos y que potencia las convergencias con sectores urbanos no refiere sólo al problema de la “calidad de vida” o a valores “post-materialistas” sino que aparece también íntimamente vinculado a la denuncia de un modelo de capitalismo agrario basado en la sobreexplotación y pauperización de franjas crecientes del campesinado y de pequeños productores.

Otro ejemplo claro: las luchas indígenas en países del área andina que adquieren una gran politización. Si bien las mismas presentan un componente identitario fuerte, esta reafirmación del mismo no puede separarse del cuestionamiento más general al proceso de dominación encarnado por el modelo de capitalismo neoliberal, que afecta en un doble nivel a las comunidades originarias: en el plano económico (sectores más pauperizados) y en el plano político (negación de los derechos políticos y ciudadanos) (Seoane, José y Taddei, Emilio 2003).

En definitiva estamos hablando de movimientos simultáneamente sociales, políticos, económicos y culturales. Efectivamente, los emergentes sociales a los que nos referimos alcanzan una dimensión política y económica portadora de un nuevo orden social y un nuevo orden democrático.

Algunos aspectos comunes

Raúl Zibechi entiende que tres grandes corrientes político-sociales nacidas en latinoamérica, conforman el armazón ético y cultural de los grandes movimientos: “las comunidades eclesiales de base vinculadas a la teología de la liberación, la insurgencia indígena portadora de una cosmovisión distinta de la occidental y el guevarismo inspirador de la militancia revolucionaria”. Estas corrientes de pensamiento y acción convergen, según el autor, dando lugar a un enriquecedor “mestizaje”, que es una de las características distintivas de los movimientos latinoamericanos.

Hasta la década de 1970 la acción social giraba en torno a las demandas de derechos a los estados, al establecimiento de alianzas con otros sectores sociales y partidos políticos y al desarrollo de planes de lucha para modificar la relación de fuerzas a escala nacional.

Hacia fines de los noventa fueron ganando fuerza otras líneas de acción que reflejaban los profundos cambios introducidos por el neoliberalismo en la vida cotidiana de los sectores populares. Los movimientos más significativos (Sin Tierra y seringueiros en Brasil, indígenas ecuatorianos, neozapatistas, guerreros del agua y cocaleros bolivianos y desocupados argentinos), pese a las diferencias espaciales y temporales que caracterizan su desarrollo, poseen rasgos comunes, ya que responden a problemáticas que atraviesan a todos los actores sociales del continente. De hecho, forman parte de una misma familia de movimientos sociales y populares.

A continuación, sintetizamos una serie de características comunes a estos movimientos de acuerdo al enfoque de Zibechi.

Existe un fuerte arraigo en espacios físicos recuperados o conquistados a través de largas luchas. Es la respuesta estratégica de los pobres a la crisis de la vieja territorialidad de la fábrica y la hacienda, y a la reformulación por parte del capital de los viejos modos de dominación. El resultado, en todos los países aunque con diferentes intensidades, características y ritmos, es la re-ubicación activa de los sectores populares en nuevos territorios ubicados a menudo en los márgenes de las ciudades y de las zonas de producción rural intensiva.

Los actuales movimientos están promoviendo un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales. La tierra no se considera sólo como un medio de producción, superando una concepción estrechamente economicista. El territorio es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen, instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente.

Otra de las características comunes en estos movimientos es que buscan la autonomía, tanto de los estados como de los partidos políticos, fundada sobre la creciente capacidad de los movimientos para asegurar la subsistencia de sus seguidores. Los comuneros, los cocaleros,

los campesinos Sin Tierra y cada vez más los piqueteros argentinos y los desocupados urbanos, están trabajando de forma consciente para construir su autonomía material y simbólica.

Existe en estos movimientos una capacidad para formar sus propios intelectuales. La lucha por la escolarización permitió a los indios manejar herramientas que antes sólo utilizaban las elites, y redundó en la formación de profesionales indígenas y de los sectores populares, una pequeña parte de los cuales se mantienen vinculados cultural, social y políticamente a los sectores de los que provienen. En paralelo, sectores de las clases medias que tienen formación secundaria y a veces universitaria se hundieron en la pobreza. De esa manera, en los sectores populares aparecen personas con nuevos conocimientos y capacidades que facilitan la autoorganización y la autoformación.

Los movimientos están tomando en sus manos la educación y la formación de sus dirigentes, con criterios pedagógicos propios a menudo inspirados en la educación popular. En este punto, llevan la delantera los indígenas ecuatorianos que han puesto en pie la Universidad Intercultural de los Pueblos y Nacionalidades indígenas –que recoge la experiencia de la educación intercultural bilingüe en las casi tres mil escuelas dirigidas por indios–, y los Sin Tierra de Brasil, que dirigen 1.500 escuelas en sus asentamientos, y múltiples espacios de formación de docentes, profesionales y militantes. Poco a poco, otros movimientos, como los piqueteros, se plantean la necesidad de tomar la educación en sus manos, ya que los estados nacionales tienden a desentenderse de la formación. En todo caso, quedó atrás el tiempo en el que intelectuales ajenos al movimiento hablaban en su nombre.

El nuevo papel de las mujeres es otro rasgo común. Mujeres indias se desempeñan como diputadas, comandantes y dirigentes sociales y políticas; mujeres campesinas y piqueteras ocupan lugares destacados en sus organizaciones. Esta es apenas la parte visible de un fenómeno mucho más profundo: las nuevas relaciones que se establecieron entre los géneros en las organizaciones sociales y territoriales que emergieron de la reestructuración de las últimas décadas.

Las formas de organización de los actuales movimientos tienden a reproducir la vida cotidiana, familiar y comunitaria, asumiendo a menudo la forma de redes de autoorganización territorial. Las formas de acción instrumentales de antaño, cuyo mejor ejemplo es la huelga, tienden a ser sustituidas por formas auto afirmativas, a través de las cuales los nuevos actores se hacen visibles y reafirman sus rasgos y señas de identidad. Las “tomas” de las ciudades de los indígenas representan la reapropiación, material y simbólica, de un espacio “ajeno” para darle otros contenidos. La acción de ocupar la tierra representa, para el campesino sin tierra, la salida del anonimato y es su reencuentro con la vida. Los piqueteros sienten que en el único lugar donde la policía los respeta es en el corte de ruta y las Madres de Plaza de Mayo toman su nombre de un espacio del que se apropiaron hace 25 años (Zibechi, Raúl 2003).

El elemento común a estos movimientos que motivó esta investigación es la demanda por una ampliación democrática que les otorgue herramientas concretas de participación en la toma de decisiones colectivas. Pero cuando hablamos de participación popular, lo hacemos en un sentido más amplio. En el próximo apartado revisaremos dos experiencias regionales en este sentido.

Participación popular. Dos experiencias regionales

La participación popular, al menos en el sentido en el que la definimos en este trabajo, encuentra además de las herramientas de una democracia participativa como el presupuesto participativo o la consulta popular, un espacio no ligado únicamente a lo institucional. En este sentido, hablamos de participación de la sociedad civil en la organización sectorial y colectiva en torno a determinadas demandas o acciones autogestionarias. Este último aspecto está ligado a una de las características ya mencionadas de estos movimientos: su pretensión de autonomía respecto al estado. Es decir que desde un punto de vista, los movimientos sociales sostienen, y de hecho es un firme reclamo como veremos en las entrevistas finales, una serie de demandas de ampliación democrática y de mayor participación en la toma de decisiones colectivas o, para decirlo en términos de Nun, de ciudadanía plena. Pero además el hecho de organizarse como movimiento social ya es en esencia un modo de participación popular.

El zapatismo y la democracia

El zapatismo emerge a la luz pública en el levantamiento iniciado el primero de enero de 1994, en el que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) –encabezado por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI)- ocupa diferentes municipios y ciudades de Chiapas y declara la guerra al Gobierno Federal. La movilización de la sociedad civil mexicana (e internacional) contra una resolución militar del conflicto habrá de transformar al zapatismo en un “ejército que lucha por derrotar la guerra”. Cuando la teoría del “fin de la historia” se expandía y el neoliberalismo alcanzaba su apogeo, surgió entonces como un grito comienzo del movimiento mundial contra la globalización neoliberal.

Sostiene Ana Esther Ceceña que la zapatista es una insurrección armada de palabra y de fuego. “Sus fusiles supieron callar las balas para dejar salir los pensamientos”. Es la búsqueda de nuevas formas de hacer política que, a la vez que le devuelvan su sentido ético, restablecen el ejercicio de la politicidad natural e inherente a todo colectivo social.

La ampliación democrática fue y es para el EZLN una bandera fundamental. Su concepción de la democracia no solo se expresa en demandas de ciudadanía para los pueblos indígenas, relegados de toda forma de inclusión política, sino se extiende hacia los límites de una democracia que debe ser también económica y social.

Democracia es defender y construir un proyecto que se centrara en los derechos de los pueblos indios, con respeto a su autonomía y dignidad, a sus tierras y territorios, a su cultura y costumbres y a su participación y representación en el Estado nacional. El proyecto se inscribió en una demanda general de transición a la democracia que la inmensa mayoría de los mexicanos exige, y que incluye a los pueblos indios como actores políticos con plenos derechos (González Casanova, Pablo 2001).

La propuesta de crear un mundo donde quepan todos los mundos es otro modo de denotar el contenido de la democracia que construyen los zapatistas todos los días. Es una democracia de iguales distintos sin jerarquías, es la democracia del consenso y no de las mayorías, la democracia de todos.

Su concepción de la lucha, de la política y de la revolución permite construir un horizonte de esperanza que revaloriza lo sencillo y lo esencial y dota de un nuevo contenido las palabras. La transparencia entre una práctica apegada a los sentidos del pensamiento y la resignificación del horizonte de lucha atendiendo a las modalidades actuales de la explotación y la dominación, de las relaciones de poder y sumisión, otorga a los zapatistas una autoridad moral que contrasta con el descrédito e ilegitimidad del resto de las instituciones e instancias de representación social.

Su discurso habla de un mundo de respeto en el que las diferencias afloran y debatan pero no se sometan, en el que la igualdad sea la diferencia, en el que, por primera vez, se reconocen todas las formas de la dominación y todos los caminos de la emancipación.

El zapatismo propone construir desde abajo, consultando, buscando nuevas formas de participación de todos. Para esto es necesario avanzar, pero al ritmo del más lento, para que nadie se quede sin participar. Piensan en representar, no en suplantar, en mandar obedeciendo, toda una definición de la política y la democracia (Harnecker, Marta. 2002)

La lucha en contra de la dominación, para el zapatismo, supone la eliminación de todo tipo de relaciones de poder. No se busca cambiar un poder por otro sino establecer una sociedad distinta en la que el acto de gobernar recaiga en la comunidad como un todo: El problema del poder, agrega Ceceña, es central para el zapatismo, lo mismo que para los otros movimientos revolucionarios, sólo que se asume de manera muy distinta. Para crear un mundo nuevo no se requiere “la toma del poder” sino la abolición de las relaciones de poder; no el uso de la fuerza sino el de la democracia. El poder comunitario se construye, no se impone.

La discusión sobre el poder representa la síntesis de un nuevo pensamiento revolucionario, correspondiente con la fragmentación y atomización de la modalidad neoliberal de organización de la sociedad.

La diversidad de los explotados, y más de los dominados, obliga a repensar sobre las vanguardias, sobre el carácter privilegiado de los obreros industriales y sobre la pertinencia de una organización de los revolucionarios que reproduzca las jerarquías y las relaciones estamentarias propias de la organización capitalista. Para el zapatismo, oponer al poder capitalista organizado la dictadura del proletariado es reproducir las normas sociales en un sentido inverso bastante dudoso.

La construcción del mundo nuevo no se alcanza conquistando una meta (la toma del poder). El discurso zapatista no contempla metas sino horizontes, no busca realizar el gran acontecimiento, La Revolución, sino vivir un proceso permanente de creación del mundo nuevo practicando la democracia como cultura del respeto a la otredad. (Ceceña, Ana Esther).

El MST y la participación solidaria

El Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra es sin dudas el movimiento social más poderoso de América Latina. Está integrado fundamentalmente por pequeños campesinos y asalariados rurales.

Se trata de un movimiento campesino diferente a los tradicionales. En primer lugar porque la lucha de masas que promueve no se limita al carácter corporativo o sindical, porque entiende que los objetivos que persigue – no sólo la tierra, sino instrumentos para trabajarla, educación, salud y otras transformaciones de la vida campesina – sólo se conseguirán cambiando las condiciones de la sociedad. Se ha convertido, por esto, en uno de los movimientos aglutinantes en la lucha contra el neoliberalismo.

Otro elemento distintivo es que incorpora en sus actividades y luchas a toda la familia, no sólo al hombre. En el MST la mujer y los niños ocupan lugares muy destacados. Además reúne en su seno no sólo a trabajadores rurales, sino también a toda persona que quiera sumarse a la lucha por la reforma agraria. .

Uno de los principios fundamentales del MST es la dirección colectiva, evitando cargos que personalicen el poder. Otro importante es la división de tareas, valorando la participación de todos y evitando centralismos y personalismos. Los asentamientos del MST son presentados como semillas de la futura sociedad solidaria que se desea construir, donde la técnica este al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la técnica.

EL MST no sólo lucha contra el latifundio, sino también contra la ignorancia. El movimiento atiende todos los niveles de educación. Partiendo desde la Educación Popular y convencido de que un movimiento sólo perdura cuando forma a sus propios cuadros, ha creado varias escuelas de formación de cuadros, tanto políticos como técnicos.

El MST comprende además que sin alianzas amplias a nivel nacional e internacional no se podrá detener el avance del neoliberalismo. Por eso es un gran impulsor de grandes movilizaciones como el plebiscito sobre la deuda externa, la lucha contra el ALCA, los transgénicos, lo que ha permitido una alianza con movimientos de campesinos de todo el planeta. En este mismo sentido es uno de los movimientos impulsores del Foro Social Mundial de Porto Alegre. (Harnecker, Marta. 2002)

La experiencia del MST en la lucha por la reforma agraria en el Brasil nos remite a una territorialidad social, no una concepción físico-geográfica del territorio, sino la cristalización de relaciones sociales. Este aspecto subraya el carácter socioterritorial del MST a partir del proceso de ocupación de la tierra. Territorializarse significa desarrollar un proceso de lucha y de conquista de la tierra que se da por medio de la ocupación de las propiedades que no cumplen con su función social. En la perspectiva de este movimiento la lucha por la tierra conduce a la territorialización porque al conquistar un asentamiento se abren nuevas perspectivas para la conquista de otro nuevo y para generar un proceso de resocialización que remite a través de las experiencias de producción cooperativa y autogestiva al concepto de producción y reproducción de la vida. E MST concibe la conquista de un asentamiento como una oportunidad para una nueva conquista que permite un nuevo proceso de resocialización de los asentados . Es en este sentido es un movimiento socioterritorial. (Stedile, Joao Pedro y Mançano Fernandes, Bernardo 2000).

Algunas herramientas de participación popular

El Presupuesto Participativo.

La experiencia de Porto Alegre

La idea de Presupuesto Participativo en la ciudad de Porto Alegre comenzó con la campaña por parte del Partido de los Trabajadores para la intendencia de 1988. Aquel programa de gobierno proponía democratizar las decisiones de la nueva gestión a partir de consejos populares. El objetivo era permitir que cada ciudadano pudiera intervenir en la creación de políticas públicas.

La propuesta se apoyaba mucho más en principios generales de la Comuna de París y de los soviets que en las experiencias recogidas en la realidad local. El criterio era realizar una transferencia de poder hacia la clase trabajadora organizada. Con eso sería gradualmente sustituida la representación política tradicional, originada en las urnas, por una democracia directa.

Algunos autores reconocen hoy que aquella primera iniciativa fue un tanto simplista y se alejaba de las reales condiciones y límites del municipio. La realidad indicaba que a pesar de la masiva participación popular, no se podían satisfacer todas las demandas al mismo tiempo, y esto iba restando concurrencia en la medida que no se veían inmediatos resultados. Entonces con la participación de delegados del Presupuesto participativo y luego de una dura negociación con el Consejo Deliberante se pudo sancionar la primera reforma tributaria que permitió aumentar la capacidad recaudadora del municipio. Esto permitió llevar a cabo las primeras obras demandadas por la comunidad y eso se tradujo al año siguiente en mayor participación.

En la periferia de la ciudad, los dirigentes más identificados con el “clientelismo” y con el ejercicio de las influencias personales fueron quedando sin audiencia y empezaron a cambiar su comportamiento.

Los plenarios del Presupuesto Participativo son precedidos por un conjunto de informaciones transmitidas por las asociaciones comunitarias, periódicos barriales y panfletos especialmente distribuidos por el municipio. Jamás fue estimulado por la gran prensa privada, sujeta a sus intereses empresariales y políticos. La primera etapa del plenario es la acreditación de cada uno de los participantes. Todo plenario es precedido por cierta tensión política, existen contradicciones entre los propios liderazgos de la región donde se realiza, quienes disputan un papel más efectivo en el proceso. La lista de los oradores es finalmente acordada por consenso.

Es importante destacar que el Presupuesto Participativo exige que se tenga la intención de construir procesos solidarios y cooperativos, de lo contrario se establece una lógica de competencia y de “sacar ventaja”, de ganar a cualquier precio, generando procesos de exclusión.

La población de Porto Alegre entendió que existen problemáticas cuya resolución desbordan los límites del municipio. Que determinadas problemáticas estructurales dependen de políticas macroeconómicas que se impulsan desde ámbitos nacionales o provinciales. Que, por esto, es necesario incorporar estas demandas a las luchas más generales del pueblo por las transformaciones estructurales.

Luego de varios años de implementación del Presupuesto Participativo en Porto Alegre, lo que en un principio era puro requerimiento, pura demanda, pura necesidad, ha ido cambiando cualitativamente a través del proceso participativo y adquiriendo naturaleza política, haciendo del individuo un ciudadano.

Es importante señalar que este proceso de democracia directa tiene el mérito de no excluir, sino valorizar la democracia representativa. Los ámbitos legislativos siguen funcionando con las mismas atribuciones. En todo caso, se trata de un proceso de cogestión, fruto de la combinación de la democracia directa efectuada por la población por medio del Presupuesto Participativo y la democracia representativa donde la población elige a sus representantes en la intendencia y el consejo deliberante (Genro Tarzo y de Souza Ubirotón. 1998).

Potencialidad

Afirma Cludio Lozano que la herramienta del Presupuesto Participativo plantea una nueva concepción de la economía, el Estado y la democracia. Desmonta así el economisismo que naturaliza los procesos sociales y que presenta a la realidad como gobernada por leyes que parecen inmodificables y sólo discutible por quienes poseen un “natural” saber técnico.

El Presupuesto Participativo que incluye las demandas y necesidades de la comunidad como criterio de construcción de la matriz presupuestaria, demuestra que la participación y organización comunitaria pueden incidir en la dirección de la economía y en la asignación de los recursos.

Esta herramienta aporta además al debate acerca de la crisis del Estado, desde una dimensión superadora entre las viejas concepciones del Estado de Bienestar y las propuestas de fuga de toda responsabilidad pública que plantea el paradigma neoliberal. Esto se da a partir de la construcción de un área pública no estatal que actúa como control sobre el ejercicio de la autoridad del Estado y como sustento de las decisiones que son centrales para el interés público.

Revoluciona además la idea de democracia al demostrar que el efectivo ejercicio de la misma exige la implementación de estrategias que permitan la presencia permanente del consenso comunitario.

Una de las riquezas del Presupuesto Participativo es la democratización de las relaciones entre el Estado y la sociedad. Esta experiencia rompe con la visión tradicional de la política en la que el ciudadano limita su participación política al voto.

Por esto, es necesaria la creación de un Movimiento por el Presupuesto Participativo, capaz de luchar por su efectiva implementación en distintos municipios o provincias y concientizando acerca de su real potencialidad democratizadora.

Luego de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 y la caída del entonces Presidente De la Rúa, en algunos puntos de Argentina comenzaron a implementarse experiencias de Presupuesto Participativo. Muchos de estos ejemplos surgieron como parte de las estrategias de las élites políticas para preservar cierta legitimidad en un contexto de enorme crisis de representación política. Este rasgo originario limitó en gran medida el alcance real y

efectivo de esta herramienta, la cuál se transformó en determinados casos en una parodia de la participación, que solo afianzó el poder de los punteros partidarios. Pero hay casos que requieren un mayor seguimiento en tanto proceso social y político. Uno de ellos es el caso del Presupuesto Participativo en la intendencia de Rosario, Provincia e Santa Fe, segundo centro urbano del país. Allí el Partido Socialista gobierna desde 1989 con un marcado espíritu de impulso a la participación de la ciudadanía. Un ejemplo alentador es el respaldo colectivo, vía Presupuesto Participativo, a una mayor inversión en la fábrica comunal de medicamentos, que provee de medicina gratuita, inclusive aquella de alta complejidad. Este y otros casos requerirían de un seguimiento detallado y excede los alcances de esta investigación.

La consulta popular y el plesbicito

A pesar de estar contemplada la herramienta de la consulta popular en la Constitución Argentina a partir de su reforma de 1994, la representación política tradicional en crisis no ha hecho uso de la misma. La consulta popular y el plesbicito vinculante es sin dudas un fuerte instrumento de participación popular y de ensanchamiento democrático

El caso del FRENAPO

.Hacia mediados de 2001 el Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO), que integraban diversas organizaciones sociales, políticas, gremiales y de derechos humanos, realizó por todo el país la denominada marcha contra la pobreza. A partir de ella, se convocaba a la población a expresarse en una consulta popular por la implementación de un seguro de empleo y formación. La propuesta, elaborada en conjunto por estos sectores, se planteaba terminar con el hambre en Argentina a partir de resolver el enorme problema del empleo que atraviesa la población argentina. Sus pilares iban mucho más allá que el otorgamiento de planes sociales, habitualmente utilizados para la práctica clientelista y de escasa efectividad para resolver el problema de fondo.

La premisa era generar un shock redistributivo a partir de la aplicación de este seguro, y rediscutir el tema del reparto de la riqueza en Argentina. Además, en este sentido se especificaban desde que partidas presupuestarias deberían salir los recursos para su implementación.

La marcha contra la pobreza recorrió el país explicando esta propuesta y convocando a una consulta popular, a realizarse en diciembre de ese año para someterla a la voluntad popular. Finalmente, y sin el respaldo del Ejecutivo y con sólo algunos apoyos legislativos y municipales, se realizó la consulta popular en la que más de tres millones de argentinos se manifestaron a favor del seguro de empleo y formación.

Finalmente, al no ser convocada por las instituciones y no tener carácter vinculante, la consulta popular no tuvo el respaldo del poder político. Más allá de ello, representó una importante experiencia de participación ciudadana y una buena señal acerca del grado de aceptación colectivo que posee esta fuerte herramienta. Pocos días más tarde, el 19 y 20 de ese mismo mes, la sociedad encontró otros canales de expresión de sus reclamos.

Autoconvocados contra el ALCA

El 10 de octubre de 2003 comenzaron en la Ciudad de Buenos Aires las actividades de difusión de las Primeras Jornadas de Consulta Popular sobre el ALCA, la Deuda y la Militarización.

Un variado conjunto de organizaciones y movimientos autoconvocados, desde distintas perspectivas, prácticas y rincones de Argentina lanzaron una campaña amplia y abierta en defensa de la Vida y la Soberanía y en contra del ALCA -el Área de Libre Comercio de las Américas- Estos Movimientos han tomado la decisión de convocar a una Consulta Popular para que todos los y las habitantes del país puedan informarse y pronunciarse al respecto.

Las primeras jornadas de Consulta se realizaron del 20 al 26 de noviembre coincidiendo con el Día de la Soberanía Nacional así como también con la reunión ministerial de negociación de este proyecto.(Miami,20-21denoviembre).

El comunicado para la consulta expresa entre otras cosas que “Argentina, como América Latina y el Caribe todo, se debate entre la violencia del hambre y la esperanza de reconstruir un país donde la dignidad humana, la justicia social y ambiental, la solidaridad y la integración entre pueblos hermanos, sean realidad. Pero mientras millones de nosotros luchamos por el pan de cada día y un futuro para todos y todas, otros buscan avanzar nuevos proyectos de saqueo, sometimiento y muerte”

De esa manera, los movimientos sociales interpretan al ALCA. No es motivo de esta investigación adentrarnos en los detalles de dicho proyecto continental, pero queda claro que, de implementarse, se profundizaría la dominación estadounidense sobre el resto de los países de la región. “El ALCA amenaza nuestra vida y futuro. Profundizará la entrega del país a manos cada vez más concentradas y ajenas y someterá la soberanía de la Nación a los intereses de las empresas transnacionales. El ALCA significará, además, mayor endeudamiento externo, más condiciones por parte del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial e, incluso, la introducción de tropas e instalaciones militares de EE.UU.”.

El papel de la participación popular a partir de la herramienta de la consulta es asumida por los movimientos sociales como un ámbito en el que se pueden definir rumbos políticos. “Hagamos oír nuestra voz. Impulsamos todos juntos el esclarecimiento, el debate y el pronunciamiento ciudadano contra el empobrecimiento y el saqueo y en defensa de nuestra Vida y Soberanía. Con los pueblos de todo el hemisferio, que avanzan en este mismo sentido, reclamamos además al gobierno que informe y consulte a la sociedad, antes de continuar negociando el ALCA, pagando una Deuda Externa ilegítima e injusta y permitiendo el ingreso de fuerzas militares extranjeras”.

En esta construcción se rescata firmemente el valor de la diversidad de sectores sociales unidos tras estos objetivos comunes. “Convocamos a todas las mujeres y hombres del país, a los jóvenes y a los mayores, a todas las organizaciones sociales, políticas, religiosas, culturales, de derechos humanos, personalidades de diversas áreas del quehacer nacional, a organizar y participar, del 20 al 26 de noviembre, en las primeras jornadas de consulta popular sobre el ALCA, la deuda y la militarización”.

Finalmente la Consulta Popular cumplió las expectativas de las organizaciones convocantes. Millones de argentinos se pronunciaron públicamente y mostraron no solo su rechazo en términos políticos a un proyecto de las características del ALCA, sino que, al igual que en la

Consulta Popular convocada por el Frente Nacional contra la Pobreza por el Seguro de Empleo y Formación, también reflejaron la voluntad popular de participar en la definición de políticas públicas.

Esquel y la maldición del oro

Recostada en la cordillera de los Andes, en la Patagonia argentina, la apacible ciudad de Esquel comenzaba a vivir la mejor temporada turística en toda su historia. Y entonces llegó *la maldición del oro*. La empresa Meridian Gold, de capitales canadienses y estadounidenses, anunció la pronta puesta en marcha de una gigantesca mina de oro a cielo abierto apenas a ocho kilómetros de Esquel. La empresa proponía utilizar 180 toneladas de cianuro al mes, moler millones de toneladas de rocas y realizar diariamente tres grandes explosiones con dinamita.

La Cooperativa de Esquel, que abastece de agua y electricidad a la población, advirtió acerca de los riesgos que este emprendimiento ocasionaría: su vertiente de agua potable está a escasos 5 kilómetros de la mina y sus letales desechos químicos amenazaban la salud de la población.

La noticia corrió de boca en boca y una sorpresiva marcha de 4 mil personas, lo que equivale a una manifestación de millón y medio de personas en Buenos Aires, recorrió las calles de Esquel gritando "no a la mina".

Meridian Gold contraatacó con una ofensiva publicitaria prometiendo 400 puestos de trabajo directos y más de mil indirectos, asegurando además que utilizará un nuevo sistema de minería que minimiza los riesgos de daño al medio ambiente.

Evidentemente los argumentos de la empresa, firmemente respaldada por el gobierno provincial del Chubut y el intendente no convencieron a los esquelinos, que protagonizaron otras tres marchas masivas contra la mina pidiendo, además, que se vayan del gobierno sus socios políticos.

Al saber que luego de un mes de vacaciones el Concejo Deliberante de Esquel estaba reunido para tratar otros asuntos, una espontánea manifestación de vecinos rodeó la legislatura y atosigaron a gritos a los ediles, quienes finalmente, en un sorpresivo cambio de actitud, convocaron a un plebiscito para decidir el tema y declararon a Esquel zona libre de cianuro.

Los esquelinos afirmaban que lo que se perderá ahuyentando el turismo y la producción de agricultura orgánica es mucho más que los 400 puestos de trabajo que ofrecía la mina. Que además la mina en pocos años se irá cuando el oro acabe, dejando atrás un paraíso contaminado para siempre. Y que el problema más grave no es el cianuro, sino que se removerán toneladas de metales pesados del subsuelo que no se diluyen y provocan la acidez de la tierra y la muerte de la vegetación.

En marzo de 2003, más del 80 % de la población de Esquel manifestó su rotundo "no" a la explotación minera en un plebiscito vinculante con un alto grado de participación y compromiso colectivo. La movilización popular que se desató desde la primera marcha encontró así un canal de expresión efectivo y articulador de las organizaciones y movimientos que participaron.

Perspectivas de participación popular en Argentina. Debates y obstáculos

A partir de entrevistas en profundidad con integrantes de movimientos sociales de Argentina podemos acercarnos hacia la visión que tienen acerca de la participación popular. Esto implica conocer qué entienden por participación popular, qué lugar ocupa este tema en su cuerpo de demandas y qué obstáculos y potencialidades encuentran en herramientas como el presupuesto participativo o la consulta popular.

El movimiento obrero: Central de Trabajadores Argentinos

En 1992, diversos sectores se organizan en contrapartida a las políticas de ajuste neoliberal abaladas por el gremialismo tradicional y en reclamo por una forma democrática de organización sindical. Así, dejan de formar parte de la CGT (Confederación General del Trabajo) y constituyen el Congreso de los Trabajadores Argentinos. En 1996 deciden dejar de funcionar como Congreso y se organizan como Central. Desde su inicio, las organizaciones que fundan la CTA se propusieron la constitución de una experiencia sindical diferente, que tuviera como característica central la autonomía respecto del Estado, los partidos políticos, los empresarios y los gobiernos. Considerando que el viejo modelo sindical sostenido por su dependencia del poder político y su grado de complicidad con el poder económico, no sirve para canalizar las demandas de sus representados ni defender sus conquistas e intereses (OSAL 2002)

Se trata de una central sindical de extensión nacional que agrupa tanto a los trabajadores activos, como a los trabajadores jubilados, sin empleo, autónomos y cuentapropistas. Reúne, de esta manera, no solamente gremios y otras organizaciones de tipo sindical, también a movimientos sociales, entre los cuales se incluyen movimientos barriales o territoriales, campesinos, de mujeres, y jubilados, entre otros.

La Central de Trabajadores Argentinos (CTA) concibe a la participación como uno de sus pilares. Así, rompa con la forma tradicional de organización del movimiento gremial en Argentina, vinculado a estructuras burocráticas y a un fuerte distanciamiento entre los trabajadores y la dirigencia.

Cada afiliado de CTA elige directamente a sus representantes. No sólo eso, pueden afiliarse todos los que lo deseen, ya que no es necesaria estar en el mercado formal para sindicalizarse. Muchos de sus afiliados no tienen empleo y forman parte del importante movimiento de desocupados en Argentina, y muchos son trabajadores informales, precarizados o “en negro”.

Estas características, presentes desde el surgimiento de la Central, reflejan un elemento distintivo: el impulso a la participación popular y democrática de todos los trabajadores. Al respecto señala Claudio Lozano, director del instituto de Estudios y Formación de CTA “La sola existencia de la CTA supone una demanda de participación, en tanto que lo que está implícito en su conformación y constitución es entender que se requería abrir un espacio organizativo que potenciara la organización de los trabajadores para estar en capacidad de pelear su lugar dentro de la sociedad, para poder discutir el destino que esa sociedad tiene y el lugar de ellos dentro de la misma. En realidad nace la central sobre la base de considerar que las formas tradicionales de organización de los trabajadores, en el marco sindical, no resolvían ni garantizaban la posibilidad de que los trabajadores participen”.

En consecuencia, un primer elemento importante de participación se vincula con “un diseño de organización buscando restituir, en el marco de la organización, lo que régimen económico y social actual genera, que es el *desempleo, trabajadores ilegales* que quedan por fuera de cualquier instancia organizativa. Consecuentemente el planteo de la afiliación directa, busca restituir la condiciones de participación, una intervención para los trabajadores que han sido expulsados del circuito formal en el territorio de la economía; y que, por lo tanto, los deja fuera del ejercicio de derechos elementales que tiene que ver con su propia existencia”.

Un segundo elemento en este sentido se expresa en “el hecho de haber incluido el voto directo de los trabajadores, y no por las vías de un congreso o por definición por parte de las organizaciones que integran la CTA, es otra iniciativa concreta que alude al papel que tiene potenciar la participación de los trabajadores en las decisiones. El trabajador desocupado vota exactamente igual que el trabajador ocupado, tenga o no representación organizada dentro de la CTA, su vota vale igual.

El otro mecanismo que la CTA demuestra en su diseño, en el que se apuesta a la construcción de una experiencia participativa es “la idea de que ésta es una *central de trabajadores* y no de sindicatos. Lo cual quiere decir que el sindicato es una de las formas por las cuales pueden organizarse y participar los trabajadores, pero no es la única. La novedad de la etapa y de la sociedad en la que estamos es que puede y debe haber múltiples formas de participación y de organización en los sectores populares que integran el universo del trabajo para que efectivamente los trabajadores estén incluidos”.

La CTA, explica Lozano, contempla la demanda de participación como parte de la estrategia general que propone como modo de organización de la sociedad. Esto significa, en primer lugar, una propuesta de cambio de la matriz distributiva en nuestro país. Para que este punto sea posible es necesario contar con la suficiente autonomía nacional. Pero nada de esto se lograría sin un tercer principio: “la posibilidad de hacer todo eso, depende de *la profundización del proceso de democratización*, dentro del cual incorporamos por un lado el hecho de que es muy difícil que se pueda garantizar la construcción de una sociedad que promueva la igualdad si uno no permite mecanismos que potencien la participación de los trabajadores. Por eso es que propusimos modos nuevos para que ellos intervengan. Y por el otro lado, es difícil pensar la posibilidad de una sociedad que promueva la igualdad si no hay mecanismos que potencien la participación de la comunidad en la asignación de los recursos”.

A propósito de mecanismos que potencien la participación popular, Lozano concibe al presupuesto participativo como “una de las herramientas que recomendamos para la discusión presupuestaria en término locales y provinciales, e incluso en la construcción del presupuesto nacional. Además que, el hecho de haber instalado el tema del presupuesto participativo, después de conformarse un movimiento donde participaron múltiples organizaciones, se ha logrado que hoy este instrumento haya sido tomado de diversos modos en distintos lugares, con mayor o menor seriedad, pero que implica un avance cualitativo en la discusión”.

Claudio Lozano plantea finalmente la relación entre la representación y las herramientas de democracia directa “Si la idea de representación es un mecanismo para garantizar la

ausencia de los representados, la democracia participativa confronta con la idea de representación. Si lo que uno está discutiendo es un esquema en donde las representaciones potencian la presencia de los representados a la hora de las decisiones lo que hace este tipo de mecanismos de democracia directa es potenciar y fortalecer ese sistema de representación. Y, en algún sentido, para nosotros la inclusión de la democracia directa tiene que ver con asumir que, ser capaz de dotar a la sociedad de mecanismos que garanticen la regulación pública, exige prácticas políticas que excedan el objetivo histórico que ha tenido por lo general la práctica política que es el ocupamiento del aparato estatal". Y añade "el punto de referencia principal de la conducción política es la sociedad y no el ocupamiento del aparato estatal, el cual sirve si permite que la sociedad se manifieste a la hora de las decisiones. Y la virtud de presupuesto participativo es que todos los años la sociedad tiene la posibilidad de decidir cuáles son sus necesidades y qué es lo importante para ella en términos políticos".

El movimiento de derechos humanos

La lucha por la vigencia y el respeto a los derechos humanos tiene una fuerte presencia en Argentina desde la última dictadura. Los organismos de familiares de desaparecidos jugaron desde entonces, y fundamentalmente por esos años, un papel importante en la vida política nacional. Desde la cruda denuncia en soledad durante los años dictatoriales, hasta las exigencias de justicia desde la recuperación de la democracia en 1983, los organismos de derechos humanos fueron incorporando demandas de otros sectores al interior del movimiento y lograron que demandas propias se expandieran al resto del campo popular.

Por esto, Narareno Brazo, sociólogo e integrante de H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia, contra el Olvido y el Silencio) que agrupa a hijos de desaparecidos, exiliados y presos políticos de la última dictadura, afirma respecto al papel central de este movimiento en el contexto de los movimientos sociales en Argentina: "plantearon una forma de participación distinta a la que venía existiendo. En general la participación se daba a través de partidos, de organizaciones estudiantiles, sindicales o barriales que de una u otra manera implicaban cierta formación, un compromiso diferente al que comienzan a tener los organismos de derechos humanos, que surgen específicamente a partir de demandas concretísimas que es el tema de la violación aberrante de derechos humanos durante una dictadura, entonces se vuelca ahí la participación de gente que de otra manera no lo hubiera hecho. Por ejemplo el caso de la Madres y de la Abuelas de Plaza de Mayo; o de familiares que de repente tuvieron que salir a manifestarse reclamando por sus familiares, cuando antes de eso quizás estaban en contra de cualquier idea política. Uno de los aportes fue eso, poner sobre la mesa que la participación era realmente ciudadana, no una cuestión de un grupo que tenía tiempo, objetivos muy claros o que tenía reivindicaciones del tipo económico, sino que el tema de los derechos humanos iba con márgenes más amplios, del respeto a la vida, algo más general".

Es así como hoy el movimiento de derechos humanos participa del reclamo de otros movimientos. Un salto cualitativo en el cuerpo de sus reclamos fue la incorporación de demandas de tipo socioeconómicas "fueron adoptando ciertas posturas que hicieron que se tomaran definiciones, y quizás los organismos de derechos humanos están más relacionados hoy con lo que es la política alternativa, con los nuevos movimientos como el de los piqueteros". En esta expansión de demandas fue importante la asimilación, por parte del movimiento, del periodo dictatorial no solo como fase represiva sin antecedentes en el país,

sino también como proyecto económico, la génesis del neoliberalismo, que comenzaba a implementarse y que requería de aquel genocidio para llevarlo a cabo.

La participación para el movimiento de derechos humanos tiene central importancia. El caso de los escraches de la agrupación H.I.J.O.S. es un buen ejemplo. La falta de justicia respecto de los crímenes cometidos durante la dictadura llevaron a la búsqueda de una “condena social”. El escrache es la denuncia de la impunidad a partir de dar a conocer el lugar donde vive cada represor, el cargo que ocupó en esos años y los crímenes que se le atribuyen. Desde el movimiento se organiza el escrache con la participación de los vecinos de cada barrio donde viven los genocidas y de otros movimientos sociales. Para Nazareno Bravo, los organismos de derechos humanos “fueron capaces de entender que si el reclamo no se generalizaba, si no se hacía común, no dejaba de ser una protesta mínima. En ese sentido, siempre se ha apelado desde lo discursivo y desde las acciones a la participación. Son ejes muy claros que quedan en estos organismos, el hecho de que la justicia no se consigue con que 50 personas vayan a peticionar, si no que tiene que ser un reclamo ciudadano”.

Los organismos de derechos humanos han logrado articular con otros movimientos y sumarse a otros reclamos. Sucedió con la consulta popular por el seguro de empleo y formación, formando parte del Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO) o su participación en Autoconvocados contra el ALCA que plantea también una consulta popular. Pero además: “hay organizaciones como las Asociación de Madres de Plaza de Mayo que tienen una vinculación directa con una parte del movimiento piquetero, es decir que hay una vinculación de formación, de intercambio de experiencias. Otros organismos, como HIJOS, han tenido otras experiencias. Hay regionales que han logrado vincularse estrechamente con organizaciones sindicales, como en Córdoba, y otros que de alguna manera tienen un rechazo hacia todo lo que tenga que ver con la “vieja política”, con organizaciones verticales, con los partidos políticos tradicionales, como es el caso de Capital Federal. En Mendoza hemos intentado vincularnos en general con parte de la gente que se moviliza, ya sea movimiento de desocupados o estudiantil”

Finalmente la participación en el caso de H.I.J.O.S. tiene otra particularidad: su organización horizontal. No tiene estructuras jerárquicas y las discusiones políticas al interior de la organización favorecen la participación de todos sus integrantes y la búsqueda de definiciones a partir del consenso.

El movimiento de trabajadores desocupados

El movimiento de desocupados es, quizás, el más heterogeneo a su interior. Las distintas organizaciones piqueteras conciben la participación popular de diversos modos. Esto se debe a que por lo general reproducen las diferencias de la izquierda partidaria argentina en la medida en que varias de estas organizaciones responden a determinadas estructuras político – partidarias.

Aún así, a partir de las entrevistas realizadas, podemos encontrar elementos comunes en esta diversidad. Por lo general la participación popular está ligada a la organización territorial, a la intervención de los vecinos desocupados en reclamos de trabajo digno, planes sociales o alimentos según el caso. Alejandro Orellana, referente del Movimiento Barrios de Pié en Mendoza afirma que: “nacimos a partir del reclamo por *necesidades básicas insatisfechas*, dadas en el ámbito nacional por la aplicación, fundamentalmente en los 10 años del

menemismo, del modelo neoliberal, que excluyó a una gran parte de la población, masiva cantidad de gente desocupada, gran porcentaje de la población por bajo la pobreza extrema. Fundamentalmente lo que a nosotros nos aglutina, el eje de organización es el reclamo por esto”.

En varios casos hay un duro cuestionamiento a la maneras en que se distribuyen los palnes sociales por parte del gobierno. Esto lleva a que desde gran parte del movimiento se apele a “experiencias de micro emprendimientos, proyectos productivos para plantearnos otra salida, de medidas a mediano plazo. Esta para generar independencia de los planes”. En el mismo sentido, Vicente Antolín, integrante del Centro de Trabajadores Desocupados, uno de los sectores que guarda mayor independencia de las estructuras partidarias y gremiales afirma que “no debíamos caer en la trampa de los sectores de poder, que era “quedar peleandos” sólo por plan social, si no que debíamos dar un salto, un avance en el objetivo del centro. Fue así que empezamos a impulsar emprendimientos productivos”.

Así, el movimiento piquetero se plantea salir de la inmediatez del reclamo, igualmente necesario por la urgencia, y avanzar hacia la construcción de poder popular. Dice Orellana: “poder popular va de la mano de la participación real, lo que implica ser parte en la toma de decisiones, sino no existe la participación. Generar este poder es con que se den experiencias de autogobierno en los lugares que estamos. Cuando el compañero del barrio deje de depender del puntero por recibir un bolsón de mercadería, cuando comienza a construir su propia experiencia de organización”. Más claramente: “esto no significa dejar de demandarle al gobierno sus obligaciones, pero ya los criterios de demanda son propios, no del gobierno. En el futuro esto es crear la democracia participativa, que las leyes, las iniciativas políticas surjan de los vecinos, de la comunidad, no solamente del grupo que gobierne”

Como vemos, el movimiento de desocupados empieza así a demandar una democracia más participativa en búsqueda de mayor incidencia popular en la toma de decisiones. Pero esta demanda quizás no hubiera surgido sin una instancia previa de participación en el barrio: “si les preguntás antes de empezar a participar en la organización, la democracia era ir a votar, se podía opinar cuando los políticos venían al barrio en época de campaña y les podían tirar los reclamos sobra la mesa y nada más. Después de recorrer el camino hasta donde estamos hoy, se empieza a comprender que democracia es decidir entre todos, que los que gobiernan tienen que hacer lo que se decide en el barrio”.

En este sentido, los CTD muestran claridad en la búsqueda de mecanismos de democracia directa: “el movimiento nos ha dejado como experiencia y resultante una democracia directa, donde todos participan en las decisiones, en la elaboración y distribución. Ese es el país que nosotros anhelamos en el futuro. Somos concientes que hay que ir paso a paso. Actualmente tenemos una democracia representativa, que en 25 años ha demostrado que no ha resuelto los problemas del país y que debemos avanzar hacia situaciones de democracias más directas, hacia una *democracia participativa* con aspectos que hagan a la democracia directa, a la participación directa de los trabajadores y de la ciudadanía en su conjunto. Ese es el objetivo al que aspiramos y que surge de la misma experiencia, no de concepciones ideológicas, de haber participado y decidido en conjunto, y no nos ha ido mal. Además nos deja como enseñanza que es posible, con una democracia participativa, más directa, avanzar en lograr o torcer el rumbo del país”.

A la hora de analizar herramientas concretas de participación, se reivindica desde el movimiento piquetero a la consulta popular, de hecho han participado varias organizaciones de desocupados en las experiencias del FRENAPPO y Autoconvocados contra el ALCA. Para Barrios de Pié “una de las herramientas es la consulta popular, referéndum, una de las más importantes a la hora de tomar decisiones de interés para el país, la generación de política creada desde abajo hacia arriba. Estas pequeñas experiencias en el barrio, en un futuro el objetivo es trasladarlas a la construcción de una democracia participativa”. Pero, al menos hasta ahora, el presupuesto participativo implementado a medias en algunos municipios, no logra incentivar la participación de los sectores piqueteros. Esto obedece en parte a que “.si no nos ha llegado esa información a nosotros es porque evidentemente no se ha hecho bien. Como iniciativa es fundamental para empezar a discutir otro proyecto, otra forma de gobernar u otra forma de participar realmente. Es interesante porque se empieza a discutir entre los vecinos cómo se gasta la plata que es de todos: en qué iniciativas, en qué áreas, en qué lugares, a qué se la prioridad: a poner más policías en la calle o a generar mejores condiciones y mejores escuelas para los chicos. Pero lamentablemente no se ha aplicado bien, encontrás las trabas de los aparatos en cada departamento que son muy fuertes. Con esto dirigentes y con ésta democracia, con estas leyes no se puede llevar adelante todavía”.

El movimiento de mujeres

La participación popular en el movimiento de mujeres tiene, al igual que en el resto de los movimientos analizados, características propias ligadas al tipo de demanda y de organización, pero encuentros y similitudes respecto al resto de los movimientos.

Es casi una obviedad que para el movimiento de mujeres la participación este asociada a una mayor injerencia de la mujer en ámbitos de decisión y discusión. Karina Ferraris, psicóloga e integrante de la Red de mujeres solidarias manifiesta que “trabajan puntualmente en las reivindicaciones del género, que tienen que ver principalmente con la equidad, la igualdad de oportunidades. En eso están tanto las reivindicaciones de las mujeres, como las que hacen al movimiento feminista, y se meten allí también las que tienen que ver con la elección de objeto sexual, hay un avance en el hecho de incorporar esto último, lo cual también genera discriminación y desigualdades”.

Pero de ninguna manera se agota allí la amplitud del reclamo. La participación de estos movimientos se conecta con otros reclamos y articula con otros movimientos: “irrumpieron en la escena pública y en el espacio político, comunitario y demás, un montón de mujeres, que incluso son mayoría en los movimientos sociales. No es casualidad que 8 de cada 10 centros piqueteros estén conducidos por mujeres, que las cooperadoras las hayan incorporado. Con esto se empieza a ver una participación en las reivindicaciones puntuales, que tal vez no tienen que ver con las reivindicaciones de género, pero si en las problemáticas generales y particularmente en los movimientos de resistencia, que se han nutrido de mujeres”.

Sucede que desde el movimiento de mujeres la lucha por reivindicaciones de género no se explica sin las demandas por un proyecto político y social inclusivo: “el desafío de quienes formamos parte de la lucha de género es no perder de vista ninguna de las dos. Hablábamos que a la izquierda se le había perdido la lucha de género, que para un proyecto de país tenía que tener una perspectiva de género, sino vamos a reproducir ciertas desigualdades que se supone que queremos evitar. Por lo tanto no es una cosa o la otra, no viene una primero y la otra después, deberían ir de la mano”.

Al momento de realizar estas entrevistas, el movimiento de mujeres se aprestaba a generar la participación de la ciudadanía en un pronunciamiento colectivo por la aprobación de la ley de contracepción quirúrgica, esto es, ligadura de trompas y basectomía gratuitas en hospitales públicos. Con este objetivo, realizaron desde la red de mujeres solidarias charlas informativas en zonas habitadas por sectores bajos, juntaron firmas y contaron con la colaboración y compromiso de otros movimientos como el gremial, estudiantil, de desocupados y algunos partidos políticos. La síntesis de demandas era muy clara: derechos a decidir y, apartir de ello, mejores condiciones socioeconómicas.

Reflexionaba finalmente Ferraris: “ahora hay más participación, más organización, pero no alcanza con eso. En un país en donde hay 18 millones de pobres hay que generar canales de participación para las grandes mayorías, no para minorías. Hay que seguir en este camino de generarla, y no hay un solo instrumento para hacerlo, hay una historia de lucha y la vamos a analizar como pueblo argentino”.

El movimiento de campesinos

Los movimientos sociales en el ámbito rural en Argentina reúnen algunas particularidades respecto de otras experiencias de la región. En general no alcanzan el grado de organización ni de relevancia en el escenario político nacional como Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil o el Ejército Zapatista de Liberación Nacional de México. Quizás la experiencia del MOCASE (Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero), sin duda el de mayor tradición de lucha en el país, y aquellas organizaciones nucleadas en la Federación Agraria, son los movimientos de mayor presencia en áreas rurales.

Las demandas son homologables a las de los movimientos campesinos más importantes de la región. Se trata de la lucha por la tierra, pero además por aquellos derechos esenciales para la subsistencia. Marizuli Garcia, integrante de una de estas organizaciones afirma sobre este punto: “nuestros sueños están basados en la realidad de nuestras luchas cotidianas que surgieron hacen unos años en relación a la tenencia de las tierras en distintos lugares de la provincia. A partir de esta necesidad tomamos relación con otros problemas cotidianos como los de la educación, la salud, la falta absoluta de cobertura social en el campo, y la gente se organiza para luchar por esas reivindicaciones”. En otras palabras: “creemos en la importancia absoluta de la tenencia de la tierra en manos de los campesinos, es un requisito indispensable para proyectarnos, pero la historia no se termina allí; tiene que ser la herramienta para luego luchar por la reivindicaciones que tienen que ver con los Derechos Humanos en su totalidad, con los derechos a la vivienda, a la educación, a la salud en el campo”

Al igual que la mayoría de los movimientos sociales analizados, la cuestión de la demanda de participación se ha convertido en un eje central desde la misma organización del movimiento: “creemos que sin democracia participativa no podemos llevar a cabo nuestro proyecto que tiene que ver con una calidad de vida superior en el campo, y para nosotros eso es una lucha concreta; difícil porque en el campo siempre hemos sufrido la exclusión, no hemos tenido la posibilidad de participar, no tenés acceso a la educación, ni siquiera al pueblo cercano. Entonces esto de democracia participativa siempre es un gran desafío, que solamente lo concretamos a partir de las experiencias y de la luchas cotidianas.

El gobierno no ha extendido a las áreas rurales algunas herramientas de participación directa que, aunque aún implementadas irregularmente, representan una forma de poner en discusión las decisiones colectivas. De igual modo, existe una conciencia de la importancia de la participación como única manera de llevar a cabo sus objetivos como organización: “creo que la conciencia de la gente en relación a los derechos, al protagonismo, a decidir y a elegir su propio destino. Que tiene que ver con que nadie va a llevar nada resuelto ni de regalo al lugar donde vivimos”

Como sucede con los más grandes movimientos rurales de la región, las organizaciones campesinas en Argentina logran articular con otros sectores sus demandas. Un ejemplo es el reclamo conjunto con los organismos ambientalistas por la no proliferación de transgénicos o con el movimiento de mujeres por la situación de género en áreas rurales. “Creemos que nuestros males vienen de el mismo lugar que vienen los de los otros sectores de la sociedad, entonces queremos compartir con los demás esos pensamientos, esas realidades para poder saber de dónde venimos y a dónde vamos para poder modificar esto”.

El movimiento asambleario

Las asambleas surgen en los últimos días de diciembre de 2001 y a lo largo de enero de 2002 como un intento de organizar la furia popular expresado espontáneamente en los llamados "cacerolazos". Las jornadas de lucha callejera de entonces evidenciaron la potencia de la movilización de millones de personas que reaccionaban ante una crisis sin precedentes de toda la sociedad argentina. Lo que emergía con mayor virulencia era la bancarrota del Estado y sus instituciones representativas, extendida a los tres poderes propios de la organización republicana.

En ese sentido, la motivación más evidente para la creación de las asambleas fue de tipo tradicionalmente político-. se cuestionaba a las formas del poder, en primer lugar al gobierno ejecutivo -que no pudo soportar la presión-, pero inmediatamente también a los poderes legislativo y judicial, vistos con perfecta intuición como conniventes con el ejecutivo. La consigna que expresaba este múltiple cuestionamiento era la de "que se vayan todos", coreada por millones desde las primeras jornadas del alzamiento popular.

Paulina, integrante de la asamblea de San Telmo define la génesis del movimiento como “la demanda de mayor participación popular en la propia gente que forma la asamblea, ese es su criterio. Los que participamos somos los vecinos del barrio, que nos une una práctica política y que tiene que ver con la no delegación, ese es el punto de partida la demanda de mayor participación popular en la propia gente que forma la asamblea, ese es su criterio. Los que participamos somos los vecinos del barrio, que nos une una práctica política y que tiene que ver con la no delegación, ese es el punto de partida.

Cuando se comienza la construcción de las asambleas en la mayoría de los casos desde la nada, en unos pocos en base a grupos de "vecinos" autoconvocados ya organizados desde antes-, se hace evidente que la crisis de la sociedad argentina no se limitaba a las formas institucionales del poder, a los mecanismos con que supuestamente se representaba la voluntad popular, sino que abarcaba todos los ámbitos de la sociabilidad, a todo el sistema de socialización, a todos los aspectos de la vida social y del imaginario de los argentinos.

Pronto se haría claro que esa caracterización de "clase política" era instrumentalmente eficaz, pues permitía volver contra ella toda la furia contenida ante la impresionante degradación de las condiciones de vida. Sin embargo la propia práctica de las discusiones comenzó a evidenciar que los verdaderos factores de dominación en la sociedad argentina no reposaban en esa supuesta "clase política" sino en el poder económico, cuyo núcleo sólo "gerencialmente" estaba constituido por actores argentinos ya que lo formaban los bancos extranjeros, las empresas productivas y distributivas transnacionales y los grupos -también foráneos- que se habían hecho cargo de los principales servicios públicos.

Este aprendizaje, que implicaba el hacer conscientes intuiciones que estaban en la mayoría, puso a los integrantes de las asambleas ante sus verdaderas tareas: inducir cambios en el poder político -como se logró en diciembre de 2001 con la caída del presidente De la Rúa-, o incluso forzar cambios en la administración de justicia. Las asambleas, que habían surgido al impulso de una reacción política, fueron inevitablemente conformándose como organismos sociales, que desde esa condición "hacían política", sí, pero una política que por necesidad debía ser radicalmente distinta.

En este aspecto, las asambleas barriales seguían el curso que desde hacía algunos años habían adoptado los piquetes de trabajadores desocupados: partiendo de su base local, territorial si se quiere, comenzaban a cuestionar el poder en función de comprender que debían ellos mismos hacerse cargo de su existencia si es que querían sobrevivir. Puestas ante esa tarea, las asambleas se encuentran con el desolador panorama de la desarticulación social, que había alcanzado tal grado que casi podría hablarse de disolución. El proceso iniciado en 1976 había arrasado con el entramado de organizaciones trabajosamente construido hasta entonces: habían prácticamente desaparecido las juntas vecinales, las asociaciones de fomento, las bibliotecas populares, los clubes barriales, las actividades parroquiales, las sociedades mutuales y cooperativas. En medio del páramo de la organización y representación social, lo único que subsistía eran los sindicatos y los partidos políticos, a los que los asambleístas consideraban como inútiles --cuando no contrarios- a cualquier empresa de resistencia al aniquilamiento y de reconstrucción social.

Con resistencias en algunos, con la intuición de la necesidad en otros -los más "vecinos", los más ligados al medio territorial-, las asambleas han ido de a poco asumiendo esta situación y el hecho de que deben encarar simultáneamente todas las tareas que antes cumplían los organismos que han desaparecido. La solidaridad se hacía necesaria para subsistir; de allí que tantas asambleas hayan instrumentado compras comunitarias de alimentos o hayan organizado ollas populares en sus zonas de influencia. Dice Paulina: "lo que hacemos de las ollas populares, los emprendimientos, es justamente trabajar desde este lugar muy difícil que es el de la no delegación, es el lugar que a nosotros nos da la gente del barrio, de ser nosotros los que detentamos un poder. Es quebrar con viejas estructuras y con viejas prácticas que tenemos incorporadas todos, desde la gente que viene a comer acá a la olla, la que participa de los emprendimientos y nosotros como asambleístas, entre los que hay una diferencia". En cuanto organismos sociales conscientes de los problemas inmediatos --en tiempo y espacio--, las asambleas no se centraban en la forma tradicional de "hacer política" sino que reinventaban la política en sentido amplio, como búsqueda del bien común.

La mayoría de los asambleístas no han participado de las reuniones del Presupuesto Participativo. Consideran que no se ha implementado correctamente, que no convocan a los vecinos en gral y que están "manejados" por punteros. Aún así lo valoran como una

herramienta potencialmente renovadora. Sebastián, estudiante de Letras sintetiza toda una definición: “la asamblea no es una cuestión de mayor participación, sino de redefinir las formas de hacerlo, es cualitativo”.

Miguel, imprentero y activo miembro de la asamblea de Caballito afirma que “el tipo de organización que se trata de defender es la horizontalidad es un cuestionamiento profundo a la democracia representativa. Como ideal, lo que queremos es trasladar la forma de democracia que hay en la asamblea al barrio, a la sociedad, etc. Yo me inclino más al trabajo del *día a día*, a lo cotidiano, al barrio. Está la necesidad de multiplicar estos movimientos, agrandar las asambleas”. El camino es el de la horizontalidad organizativa, el de la autonomía con respecto a los partidos políticos y el Estado, el de la participación igualitaria de cada ciudadano, de esos ciudadanos que prefieren llamarse “vecinos” porque rechazan -a veces hasta grados exasperantes- las antiguas formas de nombrar a los agentes y relaciones políticas. Miguel agrega al respecto “el *que se vayan todos* expresa más un deseo, porque no tenemos la fuerza para decir andate! Creo que ahora ese deseo hay que llenarlo. Ahora significa, en esta asamblea, una distinta forma de hacer política, de trabajo; y lazos distintos que nos van a dar una fuerza y una lucha diferente. El *que se vayan todos*, ahora no es salir con una olla a la calle, si no que implica un trabajo despacio y lento, conocernos a nosotros, vincularnos. Hay que construir un movimiento, con los partidos, sin ellos o a pesar de ellos”.

Conclusiones

Es fundamental anclar el ciclo de protesta social abierto en los años 90 y el desarrollo de movimientos sociales en Latinoamérica durante este periodo, en el contexto de la aplicación de políticas neoliberales en la región. Las consecuencias desastrosas de estas políticas se amplificaron en diversos campos de la vida humana y produjeron la emergencia y el desarrollo de movimientos de gran heterogeneidad pero con una clara búsqueda de articulación.

Como clara consecuencia del diluvio neoliberal, las democracias de la región no alcanzaron un claro desarrollo social y económico y limitaron la participación ciudadana al voto. La dirigencia política se sumergió en una notable crisis de representación. En este marco, movimientos como el zapatismo en México o el MST en Brasil desarrollaron prácticas de carácter participativo y construyeron un cuerpo de demandas basados en la profundización y el ensanchamiento de la democracia.

Estas reivindicaciones de mayor participación popular encontraron herramientas también demandadas por los movimientos sociales como el Presupuesto Participativo o la Consulta Popular que si bien en gran medida dependen de una voluntad institucional para su aplicación, dicha voluntad se alcanzó a partir de la movilización colectiva.

Desde el presente trabajo, la participación popular quedó definida no sólo en base a demandas de ciudadanía y ensanchamiento democrático desde el punto de vista institucional. Herramientas como el Presupuesto Participativo o la Consulta Popular son efectivamente reivindicadas por el común de los movimientos, pero la participación popular, en algunos casos, es entendida de un modo más amplio. Me refiero por ejemplo al caso del movimiento piquetero de Argentina. En casos como este, producto de la relación conflictiva que algunos de estos sectores mantienen con el Estado, desconfían de instancias abiertas

desde un plano institucional y por ende la participación popular que expresan responde a modelos de autogestión.

En el caso de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) la participación popular es parte fundante de su propia organización, es decir, hacia el interior del movimiento. La elección directa de representantes, o la inclusión de afiliados desocupados o trabajadores informales es una clara muestra. Esto se tradujo en una fuerte demanda de participación y de profundización democrática hacia afuera. La CTA fue uno de los movimientos impulsores de la consulta popular (sin respaldo estatal) por un seguro de empleo y formación y uno de los generadores del movimiento por el presupuesto participativo, tomando el caso de Porto Alegre.

El estado actual del debate en Argentina sobre participación popular reviste la complejidad aportada por la heterogeneidad de los movimientos analizados. Existe efectivamente una preocupación por la participación popular y la profundización democrática en el seno de los movimientos sociales entrevistados. Pero la significación y el alcance de esas demandas están atravesados por las particularidades de cada movimiento. Más allá de estas diferencias propias de la heterogeneidad de los diversos actores, se puede hablar de una reivindicación que sin dudas recorre el arco de los movimientos y tiende a profundizarse.

Bibliografía

Amin, Samir 2001 “Capitalismo, imperialismo, mundialización”, en *Resistencias Mundiales* (Buenos Aires: CLACSO)

Anderson, Perry 1999 “Neoliberalismo: balance provisorio”, en *La Trama del neoliberalismo* (Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA).

Basualdo, Eduardo. 2002. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina* (Buenos Aires, Universidad N. de Quilmes – FLACSO-IEEP).

Boron, Atilio 1999 “La sociedad civil después del diluvio neoliberal”, en Sader, Emir y Gentili, Pablo (compiladores) *La trama del neoliberalismo* (Buenos Aires: CLACSO/EUDEBA)

Borón, Atilio 2000 *Tras el búho de Minerva: mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. (México, CLACSO/Fondo de Cultura Económica)

Ceceña, Ana Esther 2001 “Por la humanidad y contra el neoliberalismo. Líneas centrales del discurso zapatista”, en Seoane, José y Taddei, Emilio (compiladores) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO)

Fiori, José Luís 2001 *60 lições dos 90: uma década de neoliberalismo*. (Río de Janeiro: Record)

Genro Tarzo y de Souza Ubirotón. 1998. *Presupuesto participativo. La experiencia de Porto Alegre*.(Buenos Aires. Eudeba).

- Gohn, Maria da Glória 2000 *Teoría dos movimentos sociais* (São Paulo: Loyola)
- González Casanova, Pablo 2001 “Los zapatistas del siglo XXI”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO N° 4, Junio).
- Harnecker, Marta. 2002. *La izquierda después de Seattle*. (Madrid. SigloXXI)
- Meiksins Wood, Ellen 2000 (1995) *Democracia contra capitalismo* (México DF: Siglo Veintiuno Editores) Cap. 3.
- Mouriaux, René y Bérout, Sophie 2000 “Para una definición del concepto de ‘movimiento social’”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) N° 1, Junio.
- Nun, José. 2000 *Democracia: ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* (México, Fonde de Cultura Económica)
- OSAL 2002 *CTA – Central de los Trabajadores Argentinos* (Buenos Aires Ficha Informativa)
- Petras, James y Morley, Morris 2000 “Los ciclos políticos neoliberales”, en Petras, James *La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo* (Madrid: Akal).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2000 “La conflictividad social en América Latina”, en *Osal* (Buenos Aires: CLACSO N° 2, Septiembre)
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2003 “Movimientos sociales, conflicto y cambios políticos en América Latina”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO N° 9, Enero).
- Stedile, Joao Pedro y Mançano Fernández, Bernardo 2000 *Brava Gente* (Buenos Aires: Asociación Madres de Plaza de Mayo/Revista América Libre/Ediciones Barbarroja).
- Zibechi, Raúl 2003 “Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos”, en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO No. 9, Enero).
- Apuntes de clase del Seminario: “Neoliberalismo y movimientos sociales en América Latina: La configuración de la protesta” Campus Virtual de CLACSO.